

CRISIS ECONÓMICA Y DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA: UNA PERSPECTIVA COMPARADA (*)

Luis AYALA CAÑÓN

Universidad Rey Juan Carlos, EQUALITAS

Resumen

La caída de la actividad económica desde 2007, fecha de inicio de la Gran Recesión, ha dado origen en varios países de la OCDE a reducciones de la renta disponible de los hogares. Este cambio no se ha traducido, sin embargo, en un aumento generalizado de la desigualdad. En este trabajo se utilizan los microdatos de una selección de diferentes países europeos (EU-SILC) y de Estados Unidos (CPS) para evaluar la incidencia de la crisis económica sobre la distribución de la renta. Se revisa, además, la literatura que ha evaluado la experiencia de crisis anteriores, tratando de encontrar algún tipo de regularidad empírica entre los cambios de ciclo y la evolución de la desigualdad. Se analiza también la singularidad de la experiencia española en el contexto comparado. De los resultados destaca una variación de las rentas más regresiva en algunos países que en otros, como España, y una limitada sensibilidad de la desigualdad, aunque con notables excepciones, como las de Francia y España, al cambio de ciclo.

Palabras clave: desigualdad, Gran Recesión, EU-SILC, CPS.

Abstract

The Great Recession that followed the financial crisis of 2007 has given rise in many OECD countries to declining household disposable incomes. However, this shift has not generally been translated into large changes in income inequality. In this paper we use microdata from a selected sample of European countries (EU-SILC) and the United States (CPS). The purpose of the paper is to assess how the economic crisis has altered the distribution of income. We review the literature focused on the distributional impacts of previous recessions. We also analyze the singularity of the Spanish experience in a comparative context. Results show that while some countries registered progressive income growth the trend was the opposite in other cases (Spain). In general terms, the sensitivity of inequality to the economic downturn was limited with some exceptions like France or Spain.

Key words: inequality, Great Recession, EU-SILC, CPS.

JEL classification: D31.

I. INTRODUCCIÓN

EXISTE consenso en caracterizar la prolongada etapa que se ha venido a denominar Gran Recesión como el periodo de mayor deterioro económico desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Aunque la caída de la producción y el desempleo no ha sido uniforme en los países de la OCDE, en varios de ellos se han producido pérdidas en la renta disponible de los hogares, con posibles implicaciones sobre sus niveles de bienestar. No parece, sin embargo, que el efecto de la disminución de la actividad económica sobre las diferencias de renta entre los hogares haya tenido la misma magnitud en todos los países. La desigual intensidad de la destrucción de empleo en cada caso, y sobre todo, las diferencias en la capacidad redistributiva de los sistemas de impuestos y prestaciones sociales, han hecho que mientras que en algunos países se registraron cambios importantes en la distribución de la renta en otros apenas se alteraron los niveles de desigualdad. Así, mientras que los indicadores de desigualdad para el promedio de la Unión Europea de los 27 permanecieron casi constantes entre 2007 y 2011, en algunos países el crecimiento de la desigualdad fue notable, como Francia o España, y en otros, como Holanda o Portugal, la tendencia fue la contraria.

Siendo varias las singularidades que explican el comportamiento diferencial de la desigualdad desde 2007, la mayoría de los países de la OCDE, sin embargo, partían al inicio de la crisis de un proceso común de crecimiento de las diferencias de renta entre los hogares. El crecimiento de la desigualdad de las rentas primarias, con un ensanchamiento generalizado de las diferencias salariales y una creciente concentración de las rentas de capital, llevaron la desigualdad antes de la crisis a niveles sensiblemente superiores a los de décadas anteriores. La internacionalización de la economía, el cambio tecnológico y el sesgo hacia el trabajo cualificado, los procesos de desregulación, amplios cambios demográficos y, sobre todo, la merma de la capacidad redistributiva de los ingresos y gastos públicos —aunque la capacidad redistributiva del sector público sigue siendo determinante para contener las diferencias de renta—, fueron algunos de los principales factores determinantes del aumento de la desigualdad.

¿Qué efectos ha podido tener en este contexto el *shock* macroeconómico y financiero que supuso el cambio de ciclo a finales de 2007? Las recesiones habitualmente reducen los niveles reales de renta y elevan la pobreza cuando esta se mide con umbrales fijos. Su impacto sobre la desigualdad, sin embargo,

no es fácil de predecir, al depender de qué grupos de población sean los más afectados y dónde se ubican estos en la distribución de la renta. Esto depende, a su vez, de la extensión y la incidencia por tipos de hogares del desempleo y de la fortaleza de los sistemas de protección social para contener la caída de las rentas de los hogares con menos recursos.

Responder a la pregunta general sobre los efectos de la crisis en el proceso distributivo exige disponer de información homogénea sobre las rentas de los hogares y sus características socioeconómicas. Aunque han sido notables los avances en el análisis comparado de la desigualdad económica, persisten algunas limitaciones para el estudio de las tendencias a medio y largo plazo de los cambios en la distribución de la renta en marcos comparados. A pesar del desarrollo de nuevas y mejores bases de datos internacionales, estas siguen presentando diferentes coberturas geográficas y temporales, además de disponer de distintas formas de recogida de los ingresos, junto a una información muy heterogénea de las rentas de capital. No obstante, la homogeneidad ha aumentado considerablemente en el ámbito de los países de la OCDE, con crecientes esfuerzos para identificar las tendencias en el largo plazo de la distribución de la renta y con una creciente disponibilidad de microdatos de ingresos de los hogares (OCDE, 2011).

La explotación de estos datos para una muestra seleccionada de países junto a la revisión de las experiencias de anteriores crisis puede arrojar cierta luz tanto sobre el alcance del impacto de la crisis sobre la desigualdad y la pobreza como sobre las semejanzas o diferencias del cambio en la distribución de la renta respecto a recesiones previas. Cabría señalar como elementos de partida en esta revisión una serie de hechos estilizados, más o menos regulares, que parecen repetirse ante cambios de ciclo tan drásticos como el que se vivió a partir de finales de 2007. Entre ellos, un probable menor efecto de la crisis sobre la desigualdad en los países que contaban al comienzo de aquella con Estados del bienestar más fuertes, un mayor impacto en los hogares con rentas más pro-cíclicas y la existencia de posibles efectos en los extremos de la distribución de la renta, dada la pérdida de rentas de capital en la parte superior de la distribución de la renta, debido a su concentración en este estrato, y de horas de trabajo y salarios en la parte inferior.

Para analizar los cambios en la distribución de la renta desde el inicio de la crisis se han seleccionado siete países que representan diferentes regímenes de bienestar, atendiendo a las distintas tipologías que

suelen trazarse para clasificar los sistemas de protección social. Debido a la disponibilidad de datos homogéneos, gracias a la *Encuesta de Condiciones de Vida de la Unión Europea* (EU-SILC), la mayoría de los países que entran en la comparación que analiza este trabajo pertenecen a la Unión Europea. Se incluyen países centroeuropeos (Alemania y Francia), representativos del modelo de bienestar continental, países representativos del modelo nórdico de intensa intervención pública redistributiva (Suecia), países representativos del modelo anglosajón liberal (Reino Unido) y países del sur de Europa (Italia y España), normalmente asociados a estructuras de bienestar más tradicionales y con menor gasto social. Se incluye, además, a Estados Unidos por la relevancia de sus cambios distributivos, su peso en la economía mundial y la singularidad en el marco de la OCDE de su sistema de prestaciones e impuestos. Se utilizan para ello los datos del *Current Population Survey* (CPS).

En el siguiente apartado se anticipan los posibles efectos de la Gran Recesión sobre la distribución de la renta a partir de la revisión de trabajos anteriores que han tratado de encontrar algún tipo de regularidad empírica entre los cambios de ciclo y la evolución de la desigualdad. En el apartado III se explota la información disponible en las encuestas mencionadas para trazar un cuadro robusto de los cambios en la desigualdad y la pobreza desde 2007 en los países seleccionados. En el apartado IV se analiza la singularidad de la experiencia española en el contexto comparado. El artículo se cierra con una breve relación de conclusiones.

II. CRISIS ECONÓMICA Y DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA: ¿HECHOS ESTILIZADOS?

1. Lecciones de recesiones anteriores

La relación entre ciclo económico y distribución de la renta ha sido objeto de controversia desde que a mediados de los años cincuenta Kuznets (1955) publicara su célebre trabajo sobre el comportamiento de la desigualdad cuando la renta aumenta en el largo plazo. La utilización de una amplia base de datos internacional permitió a Kuznets derivar la conocida relación según la cual la desigualdad crece en las primeras etapas del crecimiento económico para estabilizarse luego y reducirse en el largo plazo. Varias décadas después no contamos, sin embargo, con un cuerpo suficientemente robusto de regularidades empíricas y de modelos analíticos sólidos, que permitan incorporar a este marco de análisis las fluc-

tuaciones en los procesos de crecimiento. Si bien en la larga etapa expansiva anterior a la crisis de los años setenta en la mayoría de los países se registró el doble proceso de mejora de la renta media y de reducción de las desigualdades, sin cambios drásticos de ciclo, desde ese punto de inflexión se han sucedido experiencias muy diversas de cambios distributivos ante el deterioro de la actividad económica y la caída del empleo, con serias dificultades para inferir de los cambios de ciclo respuestas lineales de la desigualdad y la pobreza.

Mientras que algunos países que salieron de fases recesivas muy agudas a través de políticas de drástico ajuste económico registraron aumentos muy notables de la desigualdad —algunos países de Europa del Este, por ejemplo, o los países asiáticos que habían crecido a comienzos de los años noventa a tasas espectacularmente altas—, en otros no les sucedieron a los cambios de ciclo aumentos significativos de los indicadores de desigualdad y pobreza. Esta diversidad de experiencias alerta contra posibles generalizaciones y de la necesidad de tener en cuenta la amplia diversidad institucional que caracteriza el proceso distributivo en cada país.

Una primera enseñanza de la experiencia comparada es la importancia de los sistemas de protección social en la contención de la desigualdad en los ciclos recesivos. Los gobiernos cuentan con márgenes de actuación tanto para conseguir que mejoras de la renta media afecten positivamente a los hogares con rentas más bajas como para aliviar algunos de los efectos más crudos de la caída de la actividad económica. A diferencia de lo sucedido en la Gran Depresión, con la que se suele comparar la severa recesión iniciada en 2007, dado que desde entonces no se ha registrado una caída tan pronunciada del precio de los activos financieros y una contracción económica tan severa, el contexto institucional actual se caracteriza por la presencia de redes sólidas de protección social en muchos países de renta alta. Las políticas redistributivas, y en especial las prestaciones monetarias, tienen un potencial muy grande para generar efectos equitativos y mejoras en el bienestar de los hogares más pobres en las etapas expansivas o para sostener las rentas en los ciclos recesivos. Aunque son varios los canales a través de los cuales la destrucción de empleo y los cambios en las condiciones macroeconómicas afectan a las necesidades de los hogares, un elemento clave en la interpretación de las posibilidades de este tipo de instrumentos es la existencia de experiencias en las que a las crisis no les sucede un empeoramiento radical de la situación de los hogares pobres. La clave

ha sido el desarrollo cobrado por los sistemas de aseguramiento y protección social, con mucha mayor capacidad para compensar el impacto sobre los hogares de las crisis, incluso en contextos de políticas económicas restrictivas.

Resulta difícil, por tanto, anticipar cuál puede ser el posible efecto de la actual crisis sobre los niveles de desigualdad y pobreza sin tener en cuenta estos factores intermediadores. De los trabajos que han analizado el primer impacto de la crisis, todavía pocos, parece que en casi todos los países los elementos fundamentales están siendo los cambios en el mercado de trabajo y en la intervención pública. La evidencia que se empieza a conocer coincide con la revisión realizada por algunos autores sobre el comportamiento histórico de la desigualdad en varios países. La revisión realizada por Atkinson *et al.* (2011) sugiere que los hogares con rentas más altas suelen salir bien parados de las recesiones, con caídas iniciales de renta que pueden ser importantes, pero que son seguidas por prolongados aumentos de esta, superando sus niveles anteriores a la crisis.

Es importante destacar que la evolución de las rentas más altas resulta cada vez más relevante para explicar la desigualdad en los cambios de ciclo. Frente a la posible crítica de que los cambios en los porcentajes correspondientes a las rentas más altas no son representativos de los cambios en la desigualdad, Leigh (2007) encuentra asociación entre la variación de las rentas de los percentiles más altos y la de los indicadores sintéticos de desigualdad. En este sentido, cabe subrayar que en las últimas décadas ha aumentado la ciclicidad de las rentas más altas, como consecuencia, entre otros factores, de la ganancia de peso en este estrato de las rentas salariales (Parker y Vissing-Jorgensen, 2010).

En términos generales, los resultados de los trabajos sintéticos sobre los efectos de las crisis en la desigualdad ponen de manifiesto que su magnitud depende, fundamentalmente, de lo que suceda con los perceptores de rentas del trabajo y con la capacidad de la intervención pública para aliviar los problemas de insuficiencia de ingresos. En el contexto citado de cambios en la estructura salarial y en las rentas de los trabajadores que responden a procesos estructurales, la recesión actual puede exacerbar problemas que ya venían de largo. Es el caso de la creciente segmentación de los mercados de trabajo, la caída de los salarios de los trabajadores de menor cualificación y el desplazamiento de su demanda o la falta de sensibilidad de la desigualdad y la pobreza a los cambios en el empleo.

En general, lo que sabemos de anteriores recesiones es que la caída del empleo tendió a dañar más a los hogares en la cola inferior de la distribución de la renta que a los hogares en los estratos medios o altos de esta. En algunos países, la recuperación de los niveles de empleo después de las recesiones consiguió que la caída de ingresos se invirtiera mientras que en otros los aumentos de la desigualdad se convirtieron en estructurales, sin que la reactivación de la economía consiguiera llevar aquella a los niveles anteriores a la crisis. Estos procesos, en cualquier caso, tuvieron lugar ante episodios recesivos de menor magnitud que la actual crisis, en la que el incremento tan drástico del desempleo en algunos países dificulta las posibles comparaciones.

En una de las revisiones más completas de los efectos sobre la desigualdad de crisis anteriores, Atkinson y Morelli (2011) diferencian el impacto de las crisis financieras del de las derivadas de la caída abrupta de la producción, el consumo y el empleo. El impacto de la caída del precio de los activos financieros puede afectar más a los hogares más ricos, pero una recesión prolongada puede afectar más a los hogares con menos renta. Intervienen en esas relaciones diferentes factores, como los problemas para el endeudamiento de los distintos actores, incluyendo el sector público, que siguen a las crisis financieras. Pueden traducirse en procesos de consolidación fiscal y recortes de prestaciones sociales, que llevan al aumento de la desigualdad.

La revisión que hacen de una variedad de estudios de caso invita a aceptar que tienen más efecto sobre la desigualdad las recesiones que se reflejan en caídas de la producción y el consumo que las crisis financieras. Sin embargo, existen diferencias importantes en el tipo de crisis que afecta a cada economía y cada tipo de crisis puede producir diferentes efectos. Así, después de los problemas financieros de los años ochenta y primeros noventa, en la mayoría de los países nórdicos no creció la desigualdad en la renta disponible (Noruega en los ochenta) o lo hizo solo moderadamente (Suecia y Finlandia en los noventa), lo que contrasta con el marcado incremento de las desigualdades de las rentas primarias, revelando la notable capacidad de los Estados del bienestar de esos países para moderar esas diferencias (Aaberge *et al.*, 2000). En Asia, por el contrario, la mayoría de los países afectados por la crisis financiera de los años noventa (Singapur, Malasia, Indonesia y, en menor medida, Corea del Sur) registraron incrementos importantes de la desigualdad y la pobreza tras ese episodio.

Son escasos los estudios comparados que revisan los cambios en la desigualdad desde la Gran Recesión. En una revisión exhaustiva de lo sucedido en los principales países de la OCDE, Jenkins *et al.* (2012) encuentran que los cambios en la distribución de la renta entre los hogares han sido, en general, modestos, incluso en los países donde el *shock* macroeconómico fue mayor. Una posible implicación de este resultado es que la estabilización de la distribución de la renta en contextos de turbulencias macroeconómicas es un objetivo factible para las políticas públicas. Los países en los que menos cambió la distribución de la renta tras la Gran Recesión fueron los que contaban con Estados del bienestar fuertes al inicio de la crisis.

2. ¿Quién sufre más en las recesiones?

Una de las parcelas de análisis de los efectos de los cambios de ciclo sobre la distribución de la renta donde los resultados son más limitados es la identificación de los grupos de población con mayores pérdidas de empleo y renta. La probabilidad de reducciones de las horas de trabajo y de salarios es mayor en los trabajadores con menor cualificación debido a sus mayores dificultades para compensar estas pérdidas con ahorros o con los ingresos de otros perceptores de rentas dentro del hogar. Aunque en las dos últimas décadas varios países de la OCDE han puesto en marcha diferentes fórmulas a través de prestaciones monetarias e instrumentos fiscales para reducir la variabilidad de las rentas con el ciclo económico, la vulnerabilidad económica ante episodios recesivos no se reparte de manera homogénea entre los distintos tipos de hogar.

En los años noventa, una literatura emergente mostró que los cambios en la demanda de trabajo inducidos por la caída general de la actividad económica en la severa recesión registrada en Estados Unidos a comienzos de dicha década afectaron más a los individuos con niveles educativos bajos, los jóvenes y los pertenecientes a grupos étnicos (Bartik, 1996; Hoynes, 1999; Holzer *et al.*, 2006). Las razones de la diferente sensibilidad al ciclo de los distintos grupos demográficos son varias, destacando especialmente la diferente probabilidad de cada grupo de ser contratados en ramas de actividad más pro-cíclicas.

La limitada evidencia disponible para lo sucedido en el periodo reciente parece indicar que los efectos de la Gran Recesión no han sido iguales en los distintos grupos demográficos. Los datos más agregados sobre desempleo e ingresos de los hogares pueden ocultar

la presencia de importantes diferencias entre las distintas categorías de la población. En el caso, de nuevo, de Estados Unidos, los datos revelan que los hombres experimentaron mayores pérdidas de empleo en la Gran Recesión que las mujeres, mientras que en la posterior fase de recuperación, todavía no consolidada, está creciendo su nivel de empleo con mayor velocidad (Kochhar, 2011). Tales resultados parecen darse también en Alemania, donde los grupos más afectados por la recesión fueron los varones con menor nivel educativo y los jóvenes (Bargain *et al.*, 2011).

Un resultado importante es la estabilidad, en general, de los perfiles de los hogares más sensibles a las crisis en el tiempo. Hoynes *et al.* (2012) comparan los efectos por grupos de población de la recesión de los primeros años ochenta y los de la Gran Recesión para encontrar que el impacto de esta última ha sido mayor en los hombres, afroamericanos, hispanos, jóvenes y los trabajadores con menor nivel educativo. Estos perfiles son bastante similares a los de periodos recesivos anteriores y guardan relación con la diferente sensibilidad al ciclo de los sectores productivos. Los porcentajes de ocupación de los hombres en sectores como construcción e industria son mayores, mientras que las mujeres tienen una mayor presencia relativa en sectores menos cíclicos, como los servicios y las administraciones públicas.

Muriel y Sibieta (2009) realizaron un trabajo similar para Reino Unido analizando los efectos de las recesiones sobre la desigualdad y los ingresos de distintos tipos de hogares en ese país. La idea básica es que las diferentes fuentes de renta pesan de distinta forma en cada grupo de población y al golpear las recesiones de desigual manera a las rentas del trabajo los efectos no son uniformes sobre el conjunto de hogares. Es fácil anticipar, por tanto, un impacto mayor en los individuos en edad de trabajar, aunque este estará condicionado por la diferente intensidad entre las ocupaciones de la caída de salarios y horas de trabajo. En las tres recesiones analizadas (años setenta, primeros ochenta y primeros noventa) el impacto fue mayor en los hogares con rentas más dependientes del mercado de trabajo, dado el efecto del desempleo y de la caída de los salarios, frente a la menor sensibilidad de pensionistas y hogares monoparentales, mucho más dependientes de los cambios en las prestaciones sociales.

3. Fluctuaciones del desempleo y distribución de la renta

La aproximación más común desde el análisis económico aplicado para analizar las relaciones entre los

cambios de ciclo y la distribución de la renta es el uso de modelos empíricos que permiten la cuantificación de los efectos de las fluctuaciones del desempleo sobre los indicadores básicos de desigualdad y pobreza. Una extensa literatura empírica ha examinado la respuesta de los indicadores de pobreza a los cambios en las condiciones macroeconómicas. Estos modelos van desde simples correlaciones entre los cambios en la relación con la actividad de los hogares y el porcentaje de población por debajo del umbral de pobreza a especificaciones mucho más complejas. La hipótesis general es que los periodos expansivos pueden originar mejoras en los salarios reales de los hogares con rentas bajas y más horas de trabajo. Esta posible relación lineal obvia, sin embargo, que los hogares por debajo del umbral no constituyen una población homogénea, con posibles respuestas al ciclo económico muy diferentes según las características sociodemográficas, y que los cambios en el empleo pueden ser insuficientes para reducir la pobreza si no están acompañados de reducciones de las desigualdades salariales.

Son varios los trabajos que han examinado el efecto sobre las distintas partes de la distribución de la renta de una variedad de indicadores macroeconómicos. Desde los estudios pioneros de Blank y Blinder (1986) y Cutler y Katz (1991) han sido numerosos los intentos de cuantificación de la elasticidad de los indicadores de desigualdad y pobreza a las variaciones del desempleo y la inflación. Diferentes trabajos han ido añadiendo mejoras a esos modelos básicos facilitando una mejor identificación de esos efectos. Gundersen y Ziliak (2004), por ejemplo, consiguieron un mejor control de los efectos en el corto y el largo plazo; Freeman (2001) añadió la posibilidad de una mayor diferenciación en estos modelos de los efectos del ciclo por grupos demográficos, e Iceland (2003) incorporó indicadores de resultados más variados para capturar los efectos de los cambios de ciclo sobre la distribución de la renta.

Durante varios años, estos modelos funcionaron razonablemente bien para predecir los cambios en la distribución de la renta ante fluctuaciones de los indicadores macroeconómicos. Desde mediados de los años ochenta, sin embargo, su capacidad explicativa comenzó a reducirse (Haveman y Schwabish, 2000). Una crítica general fue que la sencillez de la especificación de estas relaciones obviaba algunos elementos críticos en la identificación de los efectos de las condiciones macroeconómicas sobre la parte inferior de la distribución de la renta. Fundamentalmente, no tenían en cuenta el crecimiento del empleo de bajos salarios y el aumento de las diferencias

salariales, compatibles con el crecimiento del empleo en muchos países. Un segundo problema es la omisión de la intervención redistributiva directa del sector público a través de impuestos y transferencias. Bitler y Hoynes (2010) han demostrado que los cambios de diseño de los sistemas de bienestar en Estados Unidos han dado origen a una menor pro-ciclicidad en las formas más severas de pobreza. Una tercera limitación es el supuesto implícito en muchos de estos modelos de una respuesta simétrica de la desigualdad a las expansiones y recesiones. Algunos trabajos han encontrado un efecto más significativo de las segundas sobre los indicadores básicos de desigualdad y pobreza que el que resulta de reducciones de la tasa de desempleo (Hines *et al.*, 2001).

A pesar de estos límites, los resultados de estos trabajos son interesantes para anticipar los posibles cambios que están tomando forma en la actual crisis. Como se ha señalado, algunos de estos modelos tratan de explicar la pobreza a partir no solo de los cambios en el empleo sino también de los cambios en los precios —la inflación puede tener un coste importante para los hogares con menores rentas—, las variaciones en la desigualdad salarial y los cambios en las políticas redistributivas. El resultado general es que tasas elevadas de desempleo producen efectos sistemáticamente regresivos sobre la distribución de la renta. Tal resultado no se mantiene, sin embargo, en los distintos países de la OCDE, debido, como se ha mencionado previamente, a las diferencias en las prestaciones sociales, los cambios demográficos y el aumento de los trabajadores con bajos salarios.

III. LA DESIGUALDAD EN LA GRAN RECESIÓN: EVIDENCIA EMPÍRICA

La revisión anterior invita a analizar con datos homogéneos cómo han evolucionado los indicadores básicos de desigualdad y pobreza en los países de la OCDE. Se ha seleccionado una muestra integrada básicamente por países europeos, para los que se dispone de una base de datos armonizada (EU-SILC) y Estados Unidos. Entre los primeros, como se señaló, el criterio ha sido considerar países representativos de diferentes modelos de bienestar, incluyendo centroeuropeos (Alemania y Francia), nórdicos (Suecia), anglosajones (Reino Unido) y países del sur de Europa (Italia y España).

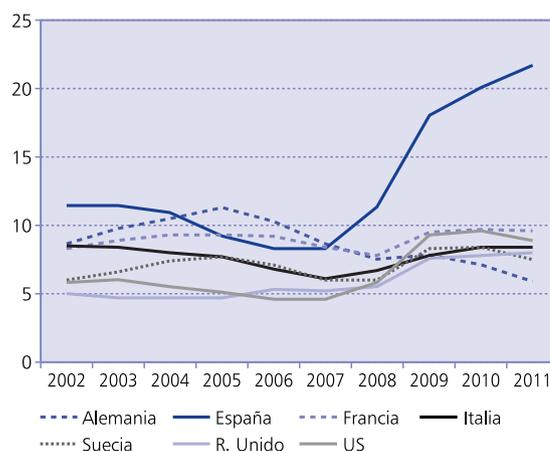
Existe suficiente heterogeneidad tanto en las características y la generosidad de los sistemas de protección social como en los niveles de renta y, sobre todo, en el diferente impacto que ha tenido la crisis

en las rentas de los hogares y en la desigualdad. Como puede apreciarse en el gráfico 1, la evolución del desempleo difiere considerablemente entre los países seleccionados. Si bien en casi todos aumentó la incidencia de este problema, se aprecian comportamientos claramente diferenciales. En un extremo, España registró un drástico crecimiento del porcentaje de activos en paro, pasando de niveles bajos, incluso inferiores a los de Alemania y Francia, a tasas superiores al 20 por 100 en solo cuatro años. En Alemania tuvo lugar la situación opuesta, con una visible reducción —casi un tercio del valor inicial—, al pasar del 8,7 al 5,9 por 100, su valor más bajo en dos décadas.

Aunque el rango de la incidencia del desempleo es relativamente reducido, si se exceptúa España, no lo ha sido su variación desde el inicio de la crisis. Mientras que en Francia y Suecia el crecimiento del problema ha sido relativamente moderado, en los países anglosajones que se incluyen en la comparación el crecimiento fue mucho mayor. Destaca, sobre todo, el aumento de esta tasa en Estados Unidos, duplicándose y acercándose a los dos dígitos en tan solo dos ejercicios, aunque los últimos datos que recoge el gráfico 2 parecen mostrar cierta contención del problema.

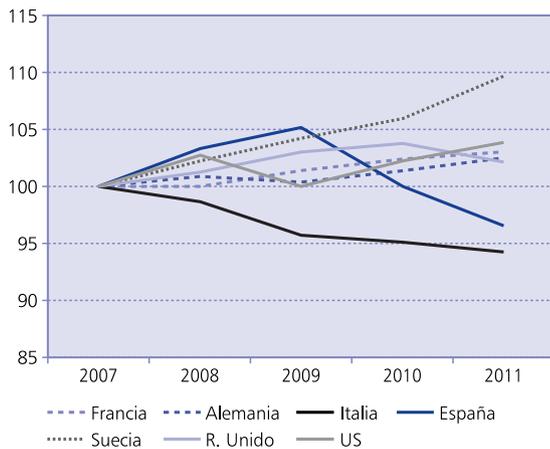
Como se señaló en el apartado anterior, no debe inferirse de la evolución de este indicador tan significativo de los cambios en las condiciones macroe-

GRÁFICO 1
EVOLUCIÓN DE LA TASA DE DESEMPLEO



Fuentes: Eurostat y U.S. Bureau of Labor Statistics.

GRÁFICO 2
VARIACIÓN ANUAL REAL DE LA RENTA DISPONIBLE DE LOS HOGARES, 2007-2011



Fuente: National Accounts Statistics (OCDE).

conómicas un empeoramiento lineal de las rentas de los hogares y una ampliación de las diferencias de renta. La existencia de mecanismos compensadores, según el diseño y el alcance de la intervención pública, y la desigual concentración de la población en los sectores más cíclicos puede dar lugar en cada caso a una diferente traducción del aumento del desempleo en pérdidas de bienestar.

Así, las diferencias en la variación real de la renta disponible de los hogares son considerablemente inferiores a las observadas para el desempleo, aunque se observan algunas desemejanzas relevantes. La principal es que no todos los países han registrado pérdidas en la capacidad adquisitiva de las rentas de los hogares desde 2007. Mientras que estas sí han tenido lugar en los dos países del sur de Europa considerados (España e Italia), en el resto, sobre todo en Suecia, no se ha producido ese empeoramiento de las rentas en términos reales. Destaca la ausencia de grandes diferencias en la evolución de las rentas de los hogares en Alemania, país donde el desempleo descendió notablemente, respecto a Reino Unido, Francia o Estados Unidos.

1. Fuentes de datos

Para analizar los cambios en la distribución de la renta desde el inicio del cambio de ciclo económico se

explotan los microdatos de hogares de los siete países seleccionados. La disponibilidad de una fuente homogénea para los países europeos —la *Encuesta de Condiciones de Vida de la Unión Europea (EU-SILC)*— facilita la comparación de los datos de ingresos de los hogares. Dicha encuesta sustituyó en 2004 al *Panel de Hogares de la Unión Europea*, que fue la primera encuesta que trató de recoger información comparable sobre los ingresos y las características de los hogares de los Estados miembros de la UE. El principal objetivo perseguido por Eurostat al crear esta nueva base de datos era mejorar la comparabilidad de los indicadores sociales. Más concretamente, se pretendía contar con una fuente que permitiera comparar la distribución de la renta y la exclusión social en el contexto europeo. Para conseguirlo, se armonizaron al máximo posible los cuestionarios, la recogida de los datos, la codificación y los sistemas de ponderación. Para el análisis empírico presentado en este trabajo se han utilizado las encuestas realizadas hasta el año 2011.

El tamaño de las muestras difiere sustancialmente en los países estudiados. El país donde el número de observaciones era más pequeño en 2010 es Dinamarca, con 14.500 individuos, seguido de Suecia y Reino Unido, con cerca de 18.000 datos individuales. Francia y Alemania tienen una muestra intermedia en el conjunto de países considerados, con 26.000 y 28.500 observaciones, respectivamente. Los países donde la muestra es mayor son España e Italia (37.000 y 47.500 individuos, respectivamente).

Para estudiar los cambios de la distribución de la renta en Estados Unidos utilizaremos los microdatos del *Current Population Survey (CPS)*. Esta fuente proporciona la estadística oficial sobre el mercado de trabajo en Estados Unidos y se elabora con carácter mensual desde hace más de medio siglo. Cada hogar es entrevistado una vez al mes durante un trimestre y en ese mismo periodo un año después. Aunque el objetivo básico de la encuesta es recoger información sobre la situación laboral, un objetivo secundario muy importante es recabar también datos sobre las características demográficas de la población. Desde hace varias décadas, en el mes de marzo se añade a la información habitual un amplio módulo de variables (*Annual Social and Economic Supplement, ASEC*) relacionadas con el historial laboral, los ingresos y las prestaciones no monetarias, habitualmente utilizado en los estudios de desigualdad y pobreza, que es el que se ha explotado para los cálculos de este trabajo. La muestra comprende cerca de 160.000 observaciones individuales. Como en el caso de EU-SILC, los datos de ingresos se refieren al año anterior a la entrevista.

Los ficheros de EU-SILC ofrecen información para cada uno de los componentes de ingresos, brutos y netos. Los ingresos brutos comprenden las cotizaciones sociales y las retenciones de impuestos que se les aplican. Las cotizaciones sociales se refieren a las cotizaciones de asalariados, trabajadores por cuenta propia y otros colectivos, abonadas durante el periodo de referencia a los sistemas de seguros sociales obligatorios. Los ingresos netos se obtienen a partir del importe bruto deduciendo las cotizaciones sociales y las retenciones. Para el cálculo de los indicadores de desigualdad y pobreza se ha utilizado la renta total neta del hogar ajustada por una escala de equivalencia paramétrica. Siguiendo la metodología propuesta por Buhmann *et al.* (1988), que computa el número de adultos equivalentes elevando el tamaño del hogar a un parámetro comprendido entre 0 y 1, $e_h = n_h^\phi$, $0 \leq \phi \leq 1$, en nuestras estimaciones utilizaremos $\phi = 0,5$. La variable de ingresos del CPS se ha armonizado en la medida de lo posible con la definición de ingreso monetario neto utilizado en EU-SILC, añadiendo a las rentas primarias de los hogares los datos de prestaciones y restando los componentes necesarios para obtener una definición de renta neta similar a la anterior.

2. La incidencia de la crisis por grupos de renta

La explotación de los microdatos de las encuestas de ingresos de la Unión Europea y Estados Unidos permite una aproximación general a la pregunta de cómo ha cambiado la distribución de la renta desde la crisis en los países seleccionados. ¿Ha perjudicado especialmente a los hogares que ya partían de bajos niveles de renta? ¿Ha aumentado el riesgo de inseguridad de ingresos de segmentos más amplios de población? ¿Ha sido la recesión anti-pobre? Una forma muy sencilla de dar respuesta a estas preguntas es tratar de observar la diferente variación de las rentas de los hogares ubicados en distintas zonas (percentiles) de la distribución de ingresos, mediante curvas de incidencia del crecimiento por grupos de renta. La disponibilidad de microdatos de hogares para cada país antes y después de la crisis permite estimar estas mediante el cálculo de las variaciones reales en la renta de cada percentil de la distribución.

Sea $F_t(y)$ la función de distribución acumulada de la renta. Invertiendo la función en el percentil p_{th} se puede obtener su renta:

$$y_t(p) = F_t^{-1}(p) = L'_t(p)\mu_t; \quad (y'_t(p) > 0) \quad [1]$$

donde $L_t(p)$ es la curva de Lorenz —con pendiente $L'_t(p)$ — y μ_t es la renta media. A partir de la observación del cambio en la renta de cada percentil en dos momentos del tiempo [$g_t(p) = (y_t(p)/y_{t-1}(p)) - 1$] se pueden representar las curvas de incidencia del crecimiento (CIC) por percentiles. De la expresión [1] se deduce que:

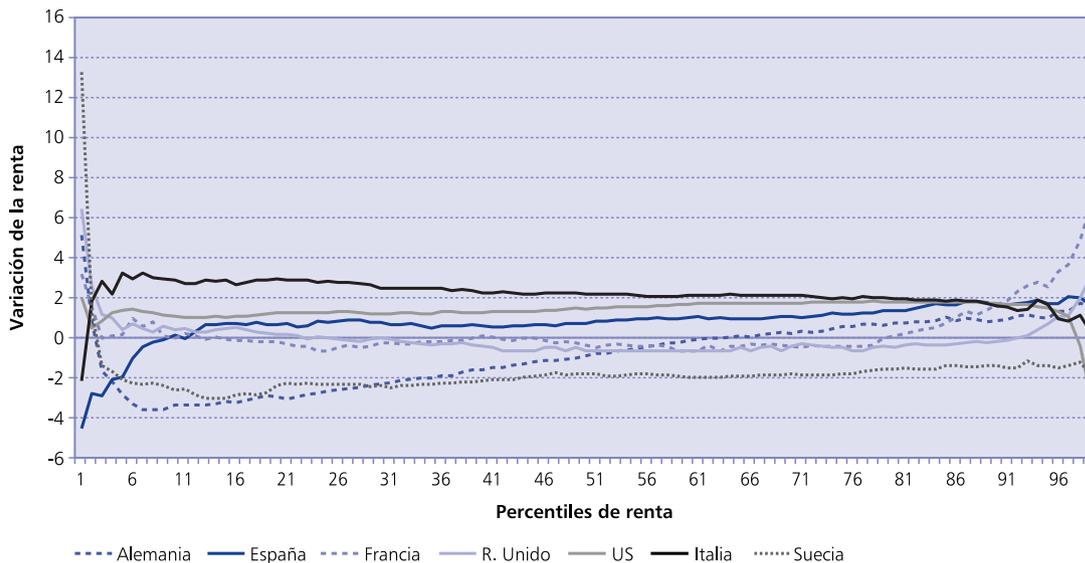
$$g_t(p) = \frac{L'_t(p)}{L'_{t-1}(p)} (\gamma_t + 1) - 1 \quad [2]$$

donde γ_t es la tasa de crecimiento de la renta media. Si la curva de Lorenz no cambia entre t y $t-1$, $g_t(p) = \gamma_t$. Como demuestran Ravallion y Chen (2003), si la CIC se mantiene por encima de cero en todos los percentiles [$g_t(p) > 0$ para todo p], existe dominancia de primer orden de la distribución en t sobre la de $t-1$. Si el crecimiento de las rentas es menor en los percentiles más bajos que en los más altos, las variaciones de la renta media habrían tenido un efecto regresivo.

El gráfico 3 recoge la incidencia del crecimiento (decrecimiento) de la renta por percentiles, ajustado según la evolución de la renta media, por lo que en su interpretación debe tenerse en cuenta la mencionada disparidad en la variación real media de las rentas de los hogares en cada país. De su observación destaca, de nuevo, la pluralidad de patrones en la incidencia de la crisis, al diferir los perfiles de los siete países analizados. Del conjunto de países considerados, España muestra la evolución más regresiva, con crecimientos sensiblemente inferiores a los de la media en el caso de los percentiles más bajos —en ningún otro país han caído tanto las rentas más bajas, proceso ligado a la eliminación de empleos de bajos salarios presentes en los sectores más cíclicos— y crecimientos más altos que la media —positivos, además, a diferencia del resto de la distribución— en los percentiles superiores. Solo Italia muestra un perfil relativamente similar, con una caída también mayor que la media de las rentas más bajas pero sin registrar mejoras relevantes de los percentiles más ricos. El hundimiento de las rentas más bajas se ha traducido en un rápido aumento de las formas más severas de pobreza.

El caso opuesto al de los países del sur de Europa es el de Suecia, donde el extenso sistema de prestaciones sociales ha propiciado una resistencia a la crisis mucho mayor de las rentas más bajas. Aparte de contar con un sistema de protección social que ofrecía una cobertura mucho más amplia que la media de la OCDE antes de la crisis, durante esta se ha pro-

GRÁFICO 3

VARIACIÓN ANUAL REAL DE LA RENTA POR PERCENTILES, 2006-2011(*)
 (Diferencias respecto al crecimiento de la renta media)


Nota: (*) Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Suecia: 2006-2010.
 Fuente: Elaboración propia a partir de EU-SILC y *Current Population Survey*.

ducido, además, un refuerzo de los sistemas de garantía de ingresos, que ha producido una mejora importante de las rentas de los percentiles más bajos. El resto de percentiles de la distribución registró un comportamiento bastante uniforme, lo que permite anticipar pocos cambios en los indicadores básicos de desigualdad, acompañados de mejoras en el alivio de las situaciones donde las rentas más se alejaban del umbral de pobreza.

Otro país con un comportamiento relativamente anómalo en el contexto comparado es Alemania, que como otros países centroeuropeos presenta un perfil de variación de las rentas de cada percentil en forma de U matizada. Las rentas más bajas parecen haber aguantado la crisis bastante mejor que en otros países, pero a la vez se registró un claro distanciamiento del crecimiento de la renta media en casi toda la mitad inferior de la distribución. En Reino Unido también destaca el mayor crecimiento de las rentas en los extremos, sobre todo de los percentiles con rentas más bajas, pero dentro de un cuadro general de variación de las rentas muy uniforme en el resto de la distribución. En Francia, sin embargo, manteniéndose esa misma tónica de mayor crecimiento en los extremos, destaca el crecimiento de las rentas más

altas desde el inicio de la crisis, sin parangón en el resto de países.

Un caso singular por lo que supone de ruptura de las tendencias anteriores es el de Estados Unidos, donde el rasgo más llamativo es la abrupta caída de las rentas más altas en la crisis, a diferencia de lo sucedido en las décadas precedentes. Esta drástica reducción se debe, fundamentalmente, a la acelerada reducción de las rentas de capital debido al *crash* en los mercados financieros, que sirvió de antesala de la crisis en la producción y el consumo en el resto de países. La consiguiente reducción en el porcentaje de la renta total correspondiente a los percentiles superiores ha sido, sin embargo, inferior a la de anteriores recesiones, debido, sobre todo, a que la Gran Recesión ha afectado mucho más que en etapas anteriores a las nueve decilas restantes y a que las rentas diferentes de las ganancias de capital en los percentiles más ricos han aguantado relativamente bien la crisis (Saez, 2012).

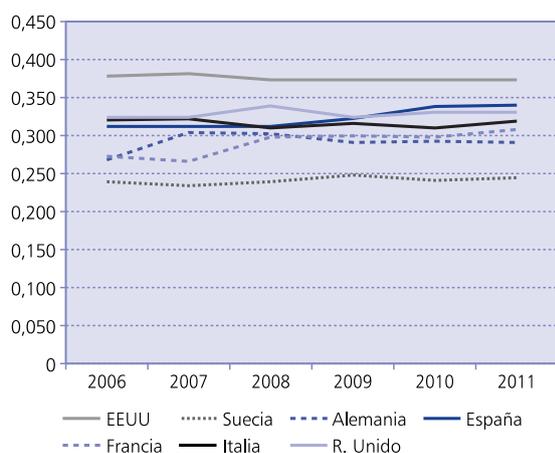
Los datos más recientes parecen apuntar, sin embargo, que esta pérdida relativa de los percentiles más altos puede que sea transitoria. Después de dos años de caídas muy importantes de la renta —la

renta media de los hogares estadounidenses cayó más de un 17 por 100 entre 2007 y 2009— a partir de 2010 volvieron a registrarse incrementos anuales positivos (2,3 por 100 anual), pero muy concentrados en los percentiles de mayor renta (mientras que en el 1 por 100 más rico ese crecimiento fue del 11,6 por 100, en el 99 por 100 restante las rentas crecieron solo un 0,2 por 100, por lo que el primero capturó más del 93 por 100 de las ganancias del primer año de la recuperación). Esta evolución sugiere que la mejora de la progresividad en el reparto de la renta únicamente tendrá un carácter temporal y no conseguirá invertir el drástico aumento de la cuota de renta de los hogares más ricos que ha tenido lugar en las últimas décadas. La evidencia histórica parece mostrar que las reducciones de la desigualdad en Estados Unidos que han tenido lugar en algunas crisis son transitorias, a menos que se establezcan cambios en el sistema de impuestos y transferencias que impidan que vuelva a recuperarse la tendencia anterior.

3. Los cambios en la desigualdad

La variación relativa de las rentas por percentiles ofrece una primera aproximación a los efectos de la crisis sobre la estructura de rentas de los países objeto de estudio. Los cambios más directos en la desigualdad pueden valorarse a través de los indicadores habituales de medición de tal realidad. El gráfico 4

GRÁFICO 4
ÍNDICE DE GINI, 2006-2011



Fuente: Elaboración propia a partir de EU-SILC y Current Population Survey.

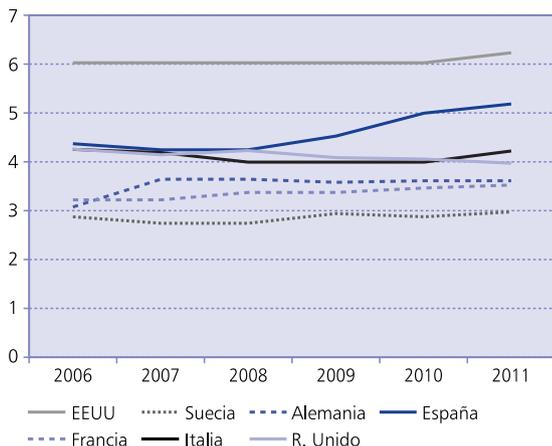
recoge la evolución en la crisis del Índice de Gini, indicador más frecuente en el análisis comparado, junto a las distancias entre percentiles de renta. En general, la tendencia más común es la de relativa estabilidad en la desigualdad desde que se produjo el cambio de ciclo, aunque, de nuevo, con algunas diferencias entre países.

Es precisamente en los países que definen los casos extremos donde menos parecen apreciarse cambios relevantes en la desigualdad estimada a través de este indicador. Tanto en Estados Unidos como en Suecia los valores al inicio de la crisis prácticamente coinciden con los de cuatro años después. Sucede lo mismo en Italia, donde apenas se registraron variaciones en ese mismo periodo. En el resto de los países, sin embargo, sí hubo cambios en la desigualdad. En Alemania el índice aumentó levemente, a diferencia de lo que venía sucediendo antes de la crisis. En este país la desigualdad aumentó considerablemente entre 1999 y 2006, debido, sobre todo, al aumento del desempleo, el ensanchamiento de las diferencias salariales y los cambios en el sistema tributario (Biewen y Juhasz, 2012). Después de un importante aumento entre 2006 y 2007, la tendencia de la desigualdad, dominada por la reducción de la tasa de desempleo, ha sido de alza moderada.

En los otros tres países el incremento de la desigualdad ha tenido una magnitud mayor. En Reino Unido la desigualdad creció al comienzo de la crisis para luego reducirse. En Francia y España el crecimiento ha sido más importante, tal como anticipaban los resultados del crecimiento de la renta en los distintos percentiles. En el caso de España este incremento ha supuesto una ruptura en la tendencia de reducción o estabilidad de los indicadores de desigualdad en vigor desde los años setenta.

La consideración del otro indicador más habitual en la medición de la desigualdad, como es la distancia entre los percentiles 90 y 10, ofrece un panorama relativamente similar al del Índice de Gini, aunque con algunos matices (gráfico 5). La serie de este indicador en Estados Unidos, por ejemplo, termina con una leve tendencia al alza, apreciándose al final del periodo un repunte de las distancias entre las rentas altas y las rentas bajas, que confirma la mejora de las primeras con la recuperación tras el *shock* de 2007-2009. En los países en los que se observaba un mayor crecimiento del Índice de Gini, la distancia entre la centila 90 y la 10 introduce algunos rasgos nuevos. En Francia se mantiene la tendencia al alza, aunque no tan marcada como la que se deducía de la evolución del Índice de Gini. Espa-

GRÁFICO 5
D9/D1, 2006-2011



Fuente: Elaboración propia a partir de EU-SILC y Current Population Survey.

ña, sin embargo, registró el mayor crecimiento de este indicador de desigualdad durante la crisis, debido a la profunda caída de las rentas más bajas y al mayor crecimiento que la media de las rentas más altas, realidades ambas que ya emergían en el análisis de las curvas de incidencia del crecimiento.

En el resto de países, la evolución de la desigualdad a través de este indicador es muy similar a la ya

observada anteriormente. En Suecia e Italia, el perfil es bastante plano, aunque con cierta elevación al final del periodo en el primer caso y una leve reducción en el segundo, mientras que Alemania y Reino Unido confirman lo ya señalado. En Alemania, 2007 marcó un punto de inflexión pero de distinto signo al del resto de países, al crecer considerablemente la desigualdad en vísperas de la crisis y contenerse después. En Reino Unido, las distancias entre las centilas extremas crecieron al principio pero se redujeron después como consecuencia del mayor ritmo de crecimiento en las rentas más bajas que en las más altas.

Los dos indicadores generales ofrecen un cuadro bastante similar de lo ocurrido con la desigualdad en la crisis, complementando las distancias entre percentiles el dibujo del cambio distributivo que resulta del Índice de Gini. La principal conclusión es que la desigualdad no ha crecido en todos los países seleccionados y que en algunos con rasgos relativamente similares, tanto en las características de sus modelos de bienestar como en el impacto del desempleo y la caída de la actividad económica, tampoco puede hablarse de resultados uniformes.

La robustez de esta valoración puede ser contrastada tanto mediante el análisis de la significación de los resultados anteriores y la introducción de un número más amplio de indicadores en el análisis como con los resultados que algunos estudios nacionales han encontrado para estos países durante el mismo periodo. El cuadro n.º 1 recoge la variación de una

CUADRO N.º 1

INDICADORES DE DESIGUALDAD, 2006-2011 (*)
(Tasas anuales acumulativas de variación)

	EE.UU. ^a	Suecia ^b	Alemania ^b	España ^a	Francia ^b	Italia ^b	Reino Unido ^b
Gini	-0,20**	0,87*	2,64***	1,12***	2,46***	-0,68***	0,39
Atkinson (e = 0,5)	-0,43**	1,15	4,40***	2,32***	6,16***	-0,89	0,49
Atkinson (e = 1)	-0,39***	-0,24	3,42***	2,80***	5,27***	-0,67	-0,42
Atkinson (e = 2)	-2,57***	-3,53	-4,90*	-0,58	-1,71	4,21	-6,68***
Theil (c = 0)	-0,46***	-0,25	3,69***	3,12***	5,71***	-0,74	-0,46
Theil (c = 1)	-0,54**	2,32	5,08***	1,71***	7,64***	-0,76	1,07
Theil (c = 2)	0,18	7,55	8,45*	-0,31	15,72***	1,39	1,62
P90/P10	0,67***	1,24**	4,13***	2,03***	1,77***	-1,21***	-0,72*
P90/P50	0,27***	0,40	1,57***	1,08***	1,24***	-0,59**	0,46*
P50/P10	0,39***	0,83*	2,41***	0,91**	0,51**	-0,63*	-1,16***

Notas:

(*) Los errores e intervalos de confianza de los indicadores se han estimado mediante *bootstrap*.

(a) 2006-2011; (b) 2006-2010.

* = significativo al 90 por 100; ** = significativo al 95 por 100; *** = significativo al 99 por 100.

Fuente: Elaboración propia a partir de EU-SILC y Current Population Survey.

amplia batería de indicadores de desigualdad para la segunda mitad de la pasada década aportando medidas de la significación estadística de los resultados.

Los contrastes realizados muestran que en casi la mitad de los países considerados —Alemania, España y Francia— aumentó la desigualdad de forma significativa, mientras que en Estados Unidos disminuyó, aunque muy levemente. En este último país la mayoría de los indicadores registraron una muy moderada, aunque significativa, tendencia a la baja, salvo en los indicadores de distancias de las rentas de diferentes percentiles, que recogen la mejora de las rentas más altas con la recuperación económica. En el resto de los países los cambios son poco significativos, salvo la mejora de las rentas más bajas en Italia y Reino Unido.

La literatura reciente sobre la evolución de la desigualdad en la Gran Recesión confirma estos resultados generales. Uno de los casos que ha sido mayor objeto de estudio es el de Alemania, dada la singularidad de sus resultados de empleo en la crisis. Al final del periodo analizado este país tenía la tasa de paro más baja de los últimos veinte años, gracias al impacto positivo de los instrumentos temporales de compensación de *shocks* adversos en el mercado de trabajo, que fueron reforzados durante la recesión que afectó al resto de países (Burda y Hunt, 2011). Los resultados de otras fuentes distintas a las utilizadas en este trabajo, como el *German Socio-Economic Panel* (SOEP), confirman que la Gran Recesión no modificó sustancialmente la desigualdad, salvo si se amplía la ventana de observación a los años inmediatamente anteriores al comienzo de la crisis (Grabka y Frick, 2012).

Otro de los países donde más se han estudiado los cambios en la distribución de la renta en la crisis ha sido Estados Unidos, ante el temor de que el aumento del desempleo y la caída de los salarios pudieran exacerbar las tendencias de crecimiento de la desigualdad vigentes en años anteriores. El panorama que se desprende de los estudios disponibles es muy similar al que ofrecen los indicadores presentados anteriormente. Algunos de los indicadores básicos, como las distancias interdecílicas (P90/P10) y la pobreza relativa aumentaron moderadamente, aunque el primer impacto de la crisis supuso un freno de la tendencia al alza de las rentas más altas antes de recuperarse de nuevo (Saez, 2010; Burkhauser y Larrimore, 2012). La revisión de estos resultados a la luz de los de recesiones anteriores que hacen Thompson y Smeeding (2012) les lleva a anticipar una recupe-

ración más rápida de las rentas de los más ricos que las del resto de la población.

Para los otros países considerados también existen resultados que confirman los anteriormente presentados en estudios recientes. En el caso de Francia, los datos del INSEE revelan que el aumento de la desigualdad derivado de la crisis ha llevado esta a los niveles que había a mediados de los años noventa y que no habían vuelto a registrarse desde entonces. La razón es que mientras que las rentas de los más ricos crecieron más que la media, lo contrario sucedió en la parte baja de la distribución. Entre otras razones destaca la caída del peso de los salarios sobre la renta total en los hogares con ingresos más bajos y el aumento del desempleo (Burrigand *et al.*, 2012).

El trabajo de Brandolini *et al.* (2012) con registros fiscales ofrece un interesante contraste para los resultados obtenidos para Italia con EU-SILC. Los indicadores estimados por estos autores revelan también cierta estabilidad en la distribución de la renta durante la Gran Recesión, a pesar de la caída general en la renta disponible. Esa tendencia general oculta, sin embargo, diferencias importantes en el impacto por grupos de población, con un empeoramiento más visible de los trabajadores por cuenta propia. Otros trabajos confirman también la ausencia de grandes cambios en Suecia, con un moderado crecimiento de la desigualdad, que no rompe con la tendencia anterior al alza antes de la crisis (Björklund y Jäntti, 2012). Finalmente, los datos para Reino Unido también confirman que no parece que la Gran Recesión haya alterado radicalmente su patrón distributivo (Brewer y Wren-Lewis, 2012). Tal como aparecía en nuestros resultados, en la Gran Recesión se produjo cierta compresión de la parte baja de la distribución, con una reducción de la pobreza relativa, acompañada del aumento de las rentas más altas (Joyce y Sibieta, 2012).

Debido al carácter reciente de algunas de las políticas implementadas de ajuste a la crisis, todavía no hay evidencia sobre el resultado que están teniendo sobre la desigualdad algunas de las medidas de consolidación fiscal desarrolladas en estos países. La evidencia conocida sobre el efecto de las políticas de ajuste fiscal severo aplicadas en otras recesiones es que la desigualdad generalmente aumenta tras su ejecución, especialmente cuando las reducciones en los niveles de gasto público, sobre todo el redistributivo, son de mayor magnitud (Agnello y Sousa, 2013). Algunos trabajos han tratado de simular los efectos que pueden haber tenido las políticas de ajuste puestas en marcha entre 2009 y

2011, incluyendo una gama variada de actuaciones, como la reducción de las cuantías de las prestaciones monetarias, el aumento de la imposición directa o los recortes en el empleo público (Callan *et al.*, 2011). Sus resultados muestran que mientras que en algunos países cabe esperar efectos altamente regresivos de la implementación de estas medidas, como Portugal, en otros, como España, la distribución por decilas del ajuste podría ser relativamente proporcional, llegando a ser incluso progresiva en otros (Reino Unido, Irlanda o Grecia). Cuando se incluyen, sin embargo, los posibles efectos de la elevación de los tipos del Impuesto sobre el Valor Añadido, ese cuadro cambia notablemente, con un efecto global considerablemente más desigualitario en Grecia y más regresivo en España y Reino Unido.

IV. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA DESIGUALDAD EN ESPAÑA EN EL CONTEXTO COMPARADO

De los países considerados en el análisis anterior, España es uno de los que registró un mayor aumento de la desigualdad con el cambio de ciclo. Este aumento ha hecho que sea uno de los países de la OCDE donde las diferencias de renta entre los hogares son más grandes, incluyéndose entre los tres países de la UE-27 con indicadores de desigualdad más elevados. Este crecimiento diferencial pone en riesgo algunos de los avances conseguidos en las últimas décadas en términos de convergencia con los países de nuestro entorno. Durante los años ochenta, periodo de mayor reducción de la desigualdad en España en las últimas cuatro décadas, se logró una importante mejora en términos comparados en los indicadores básicos de desigualdad y pobreza, en un contexto de crecimiento de la desigualdad en varios países de la OCDE, especialmente en algunos nórdicos y en los anglosajones.

Durante la siguiente década y hasta la quiebra de la etapa expansiva anterior a la crisis iniciada en 2007, la ausencia de cambios en los indicadores de desigualdad en España, que partía a comienzos de los años noventa de posiciones similares a las de Irlanda, Italia o Reino Unido, favoreció un sensible alejamiento de esos países y del promedio europeo. El crecimiento observado en la crisis podría exacerbar esas diferencias, volviendo a situaciones que no se producían desde hace más de treinta años.

La evolución de la desigualdad en España en el largo plazo y en la crisis actual puede observarse en el gráfico 6. Los datos parecen mostrar una impor-

GRÁFICO 6
EVOLUCIÓN DEL ÍNDICE DE GINI EN ESPAÑA,
1985-2011



Notas:
ECPF(a): Encuesta Continua de Presupuestos Familiares antes de la ampliación de la muestra.
ECPF(b): Encuesta Continua de Presupuestos Familiares después de la ampliación de la muestra.
Fuente: Elaboración propia a partir de las Encuestas Continuas de Presupuestos Familiares y Encuesta de Condiciones de Vida.

tante reducción de las diferencias de renta durante la segunda parte de los años ochenta y una ralentización de estas en la siguiente década. Ese periodo, 1990-1995, ofrece un panorama distributivo distinto al de la década anterior, corroborando diferentes trabajos el aumento de la desigualdad durante el episodio recesivo de 1992-1994 (Oliver *et al.*, 2001; Cutanda, 2002; Cantó *et al.*, 2003; Farré y Vella, 2008).

El panorama sobre lo sucedido desde mediados de los años noventa es menos robusto. La *Encuesta Continua de Presupuestos Familiares* con muestra ampliada (ECPF), cuya primera información anualizada disponible corresponde a 1998, permite valorar lo sucedido desde finales de esa década hasta 2005. Dicha encuesta parece mostrar cierta tendencia hacia la estabilidad de los indicadores de desigualdad, rompiéndose la tendencia a la baja vigente en las dos décadas anteriores. Este cambio de tendencia no significó que la desigualdad aumentara, sino que dejó de reducirse. El crecimiento económico registrado desde mediados de los años noventa y la creación de empleo que lo acompañó no habrían dado lugar, por tanto, a reducciones significativas de la desigualdad. Consecuencia de ello sería también la citada detención del proceso de convergencia con otros países en los niveles de equidad.

Las explicaciones de la falta de traducción de las mejoras de la renta media en este periodo en reducciones de la desigualdad son diversas. Por un lado, la falta de correspondencia entre el crecimiento del empleo y las variaciones de la desigualdad se explica en parte por el tipo de empleo creado, con una elevada incidencia de trabajos temporales y de bajos salarios. Eso no significa, en cualquier caso, que pueda hablarse de una tendencia firme en el largo plazo de aumento de las diferencias salariales. Las estimaciones realizadas revelan que en el periodo de mayor crecimiento del empleo la desigualdad salarial apenas cambió (Izquierdo y Lacuesta, 2006; Bonhomme y Hospido; 2012a). Ese comportamiento agregado oculta, sin embargo, algunos cambios en la distribución, al reducirse las diferencias entre la parte central y la inferior de la distribución salarial y aumentar las distancias entre la mediana y el grupo con mayores remuneraciones. El cuadro que se deduce del uso de fuentes homogéneas para diferentes países (*Encuesta Europea de Estructura Salarial*) revela, de hecho, que mientras que la desigualdad de la parte superior de la distribución salarial en España es alta en términos comparados, lo contrario sucede en la parte inferior (Simón, 2009).

Algunos trabajos que han tratado de descomponer los determinantes de los modestos cambios registrados en la desigualdad salarial señalan como principales factores la reducción de la prima salarial de los titulados —debido al aumento de la oferta—, la reducción de la inestabilidad salarial y la ganancia de peso del componente permanente y, asociado a este último factor, la tímida reducción del peso del empleo temporal sobre el total (Cervini y Ramos, 2008). Los problemas de sobrecualificación y sus efectos sobre la estructura salarial han sido confirmados por varios autores, que muestran las mayores dificultades del mercado de trabajo español en el contexto comparado para absorber con puestos de trabajo apropiados el gran incremento en la proporción de titulados universitarios (García Montalvo, 2009; Felgueroso *et al.*, 2010; Murillo *et al.*, 2010), con importantes consecuencias sobre el aumento de las desigualdades salariales intra-grupos por niveles educativos (Budría y Moro-Egido, 2008).

Además de los cambios en la estructura salarial para explicar la ausencia de cambios en las tendencias de la desigualdad —y en su no reducción— anteriores a la crisis, hay que aludir al diferente efecto respecto a etapas anteriores que sobre la reducción de las desigualdades económicas tuvieron los principales instrumentos redistributivos. Las rebajas de

los tipos impositivos y la menor capacidad redistributiva de los programas de transferencias hicieron que el efecto redistributivo de la intervención pública que en décadas anteriores había sido el principal determinante de la corrección de la desigualdad, fuera menor.

Así, mientras que en los años ochenta el aumento de la progresividad de la imposición directa —gracias a la reducción de los tipos efectivos más bajos— fue uno de los factores determinantes de la disminución de las diferencias de renta entre los hogares españoles, la evidencia empírica para el periodo posterior pone de manifiesto, sin embargo, un estancamiento en la progresividad del IRPF desde finales de esa década. La imposición personal sobre la renta se contempla cada vez más como un instrumento básicamente recaudatorio, si bien la disminución de tipos de las reformas posteriores (1998 y 2007) hizo que, incluso en una fase de crecimiento intenso de la actividad económica, la recaudación creciera durante varios años a menor ritmo que el PIB. Esta apuesta por tipos más bajos ha llevado en un escenario de recesión a una reducción sustancial de la capacidad redistributiva del impuesto.

Pero, sobre todo, los mayores límites de la intervención pública redistributiva se encuentran en la vertiente del gasto, con una menor capacidad redistributiva del sistema de transferencias sociales que en etapas anteriores. Las cifras de gasto social relativo tendieron a la baja, con porcentajes sobre el PIB antes de la crisis (por debajo del 20 por 100) inferiores a los niveles máximos del primer tercio de los años noventa (24,4 por 100). Tales porcentajes quedaban lejos de los de la Unión Europea, según datos de Eurostat, donde el gasto social en relación al PIB mantenía los mismos valores que a comienzos de los años noventa (en torno al 29 por 100 del PIB). A la vez que las reformas tributarias tendieron a reducir el componente redistributivo de etapas anteriores, debido sobre todo a la caída de la recaudación, las prestaciones sociales no tuvieron el mismo ritmo de crecimiento que en las décadas previas. Existen, además, elementos limitativos en el desarrollo de las mismas y en la cobertura de determinados grupos de población, que podrían haber limitado su posible efecto en la redistribución de las importantes ganancias de renta registradas hasta el cambio de ciclo.

Dado este contexto, no era difícil anticipar que la severidad de los efectos de la crisis sobre la producción y el empleo producirían efectos más negativos que en otros países en la equidad en el reparto de la renta entre los hogares. La ralentización de la

actividad económica y el vertiginoso aumento del desempleo dieron lugar al mayor aumento de la desigualdad desde que se dispone de información anual sobre los ingresos de los hogares. Se trata, sin duda, de un cambio de indudable trascendencia, para el que es difícil encontrar analogías en otros países de nuestro entorno.

Una de las razones del aumento de la desigualdad en España para la que parece haber creciente consenso es, como se vio en el apartado anterior, la profunda caída de las rentas más bajas. Los indicadores más específicos para el extremo inferior de la distribución de la renta tanto de insuficiencia de ingresos como de ausencia de estos parecen mostrar que en poco tiempo se han tocado máximos históricos. Los datos de pobreza monetaria que resultan de la *Encuesta de Condiciones de Vida* revelan que entre 2009 y 2011 su incidencia aumentó en más de dos puntos —del 19,5 al 21,8 por 100—, lo que, de nuevo, supone un aumento sin precedentes desde que se tienen datos de variación interanual. El indicador más crudo del porcentaje de hogares sin ingresos —sin ingresos del trabajo, ni de prestaciones por desempleo o de la Seguridad Social— que ofrece la EPA permite comparar, además, el empeoramiento económico de los hogares con menores recursos en la actual crisis con el que tuvo lugar en anteriores periodos recesivos, como el de los primeros años noventa. Si en esa fase de contracción de la economía ese porcentaje pasó del 1 por 100 a finales de 1991 a otro del 2,3 por 100 en 1995, en la actual recesión el cambio ha sido aún más drástico, duplicándose el indicador desde el 1,7 por 100 de 2007 al 3,5 por 100 de 2012.

Caben pocas dudas, por tanto, de la mayor magnitud de los efectos de la crisis sobre los resultados distributivos en España. Parece menos nítido, sin embargo, el cuadro explicativo de tales cambios. De modo muy sintético, un primer factor es, sin duda, el crecimiento del desempleo, junto a los cambios en la distribución salarial. La magnitud cobrada por el desempleo, con un aumento desde el 8 por 100 al inicio de la crisis al 26 por 100 de 2012, anticipa una abrupta caída de las rentas de los hogares situados en las decilas más bajas de la distribución de la renta, caracterizados por niveles formativos más bajos y mayores probabilidades de pérdida del empleo.

No existe, sin embargo, evidencia suficiente sobre los efectos del desempleo en el conjunto de la desigualdad en esta profunda etapa de recesión, aunque emergen algunos primeros resultados que dejan pocas dudas sobre el carácter diferencial de

la crisis también en este ámbito. Mientras que en episodios recesivos anteriores las situaciones de alto desempleo no se tradujeron en incrementos acusados de la desigualdad, no está sucediendo lo mismo en la fase recesiva iniciada en 2007. Entre otros factores, destaca la reducción de la capacidad amortiguadora que tuvo en crisis anteriores la distribución del desempleo dentro del hogar. A diferencia de lo que sucedió en la primera mitad de los años ochenta o entre 1992 y 1994, la tasa de paro de los sustentadores principales —o persona principal del hogar, tal como la define la EPA— alcanzó su máximo histórico, creciendo incluso más rápido que la tasa agregada de desempleo. Mientras que en crisis anteriores el desempleo se concentró, sobre todo, en hijos y cónyuges de la persona principal del hogar, en la crisis actual se ha extendido visiblemente a los sustentadores principales.

La crisis ha afectado también a la estructura salarial. Si bien en este ámbito los datos son más limitados, la disponibilidad de registros administrativos permite disponer de algunos resultados concluyentes. Así, Bonhomme y Hospido (2012b) encuentran con datos fiscales que la desigualdad salarial, medida a través de la ratio entre los percentiles 90 y 10, aumentó en más de 10 puntos porcentuales entre 2007 y 2010. Tal aumento, más destacado en el caso de las mujeres que en los varones, se concentró sobre todo en la parte baja de la distribución salarial. Parte de este aumento de la desigualdad salarial puede atribuirse al cambio en la estructura de las ocupaciones, con un efecto significativo de la caída de la actividad en el sector de la construcción.

La segunda explicación del mayor crecimiento de la desigualdad en España en la crisis es la limitada capacidad del sistema de impuestos y prestaciones para combatir el aumento de la desigualdad de las rentas primarias. Si bien los datos disponibles no reflejan una merma en la capacidad redistributiva de ambas vertientes de la actuación pública hasta 2010, con la puesta en marcha de las primeras medidas de austeridad, su menor incidencia en la renta de los hogares españoles es una de las razones del carácter diferencial de los efectos de la crisis en el contexto comparado. Esa capacidad reductora de la desigualdad es casi la mitad de la de alguno de los países nórdicos y queda lejos todavía de la de los principales países centroeuropeos. Los datos disponibles en el momento de cierre de este trabajo no recogen, además, los efectos de las medidas más drásticas de ajuste introducidas posteriormente, que han podido producir una merma del efecto compensador de la desigualdad que ejercen las políticas públicas.

La evolución de la desigualdad en España invita a pensar, por tanto, que el *shock* que ha supuesto la crisis económica puede tener efectos permanentes sobre la distribución de la renta. La experiencia de cambios de ciclo anteriores, como el de los primeros años noventa y la expansión posterior, cuando no se recuperaron los indicadores anteriores a la recesión a pesar del crecimiento del empleo, alerta de que el ensanchamiento de las diferencias de renta en la actual crisis puede dar lugar a niveles de desigualdad y pobreza considerablemente superiores a los de las últimas décadas, que se pueden prolongar en el tiempo.

V. CONCLUSIONES

1. La Gran Recesión, iniciada en 2007, ha supuesto en varios países de la OCDE el mayor deterioro económico en términos de producción y empleo desde la Segunda Guerra Mundial. La magnitud del cambio en los indicadores macroeconómicos fundamentales ha podido dar lugar a cambios también relevantes en el reparto de la renta en estos países. Varios de ellos ya habían registrado un proceso al alza de la desigualdad en el largo plazo.

2. La experiencia de anteriores recesiones permite anticipar algunos efectos de la actual crisis sobre la desigualdad, si bien resulta difícil la generalización de esos resultados debido a las diferencias económicas e institucionales y, sobre todo, a la diferente fortaleza de la intervención pública redistributiva en cada país. En cualquier caso, en varios países se han repetido una serie de procesos comunes. En general, los hogares más ricos, aunque suelen registrar caídas más altas de sus rentas al principio de las recesiones se recuperan antes, por lo que los efectos de las recesiones suelen ser mayores en los hogares con ingresos más bajos. Resulta fundamental para evitar aumentos de la desigualdad tanto que la caída en las rentas medias no se traduzca en un ensanchamiento de las diferencias salariales como que los sistemas de impuestos y transferencias no pierdan capacidad redistributiva. Sobresale también que, en términos generales, el impacto sobre la distribución de la renta es mayor en las recesiones que se reflejan en caídas de la producción y el consumo que en las crisis financieras.

3. Los primeros estudios comparados sobre los efectos de la Gran Recesión revelan que los cambios en la distribución de la renta han sido moderados en la mayoría de los países de la OCDE, incluso en aquellos donde el empeoramiento de las condiciones ma-

croeconómicas ha sido muy drástico. Una implicación relevante de este resultado es que la posibilidad de evitar fluctuaciones importantes en la estructura de rentas en las recesiones no es un objetivo inalcanzable para los decisores públicos.

4. Otra lección del estudio de los efectos redistributivos de las etapas recesivas es que la caída de las rentas suele afectar más a determinadas categorías de la población, que son sobre todo los hogares con rentas más dependientes del mercado de trabajo. La estructura sectorial de la producción y la diferente probabilidad de que determinados grupos estén presentes en actividades más cíclicas hace que esta probabilidad sea mayor para determinados grupos demográficos, como los jóvenes y los trabajadores con menor nivel educativo. Esos perfiles, además, son bastante estables en el tiempo. Los datos disponibles sobre lo ocurrido desde 2007 parecen indicar que en muchos países los hombres han sufrido mayores pérdidas de empleo y renta que las mujeres, confirmándose también los mayores problemas de los trabajadores con menor cualificación y edad.

5. Algunos modelos econométricos tratan de estimar el efecto del desempleo y la inflación sobre la distribución de la renta. Si bien estas aproximaciones han perdido algo de validez al construirse sobre especificaciones muy básicas, que dejan de lado aspectos institucionales relevantes, sus resultados permiten anticipar algunos de los efectos de la actual crisis. El aumento de las tasas de desempleo produce efectos regresivos sobre la distribución de la renta, si bien no siempre existe un efecto simétrico en las expansiones.

6. La estimación con datos homogéneos de renta de indicadores básicos de desigualdad en una muestra de países representativa de distintos sistemas de bienestar social revela la existencia de patrones de cambio de la distribución de la renta en la crisis muy variados, sin poder hablar de un crecimiento generalizado de la desigualdad. Los resultados obtenidos coinciden, además, con estudios nacionales que han abordado la evaluación de los primeros efectos de la Gran Recesión sobre la desigualdad. Destaca, en general, una variación de las rentas más regresiva en algunos países que en otros, siendo España aquel donde más se han hundido las rentas más bajas, a la vez que han mejorado más que la media las de los percentiles más ricos. Este crecimiento de las rentas más altas también tuvo lugar en Francia, mientras que lo contrario —rompiendo una larga tendencia— sucedió en Estados Unidos.

7. Las medidas directas de desigualdad estimadas muestran que mientras que en algunos países los cambios desde el inicio de la crisis han sido moderados, como en Italia, Estados Unidos y Suecia, en otros la crisis ha hecho que aumenten las diferencias entre los hogares. Es el caso, sobre todo, de España y Francia, donde el aumento de la desigualdad ha llevado los indicadores a niveles que hacía años que no se registraban. El resultado más destacado, en cualquier caso, es que la desigualdad no ha crecido en todos los países seleccionados y que a pesar de la relativa similitud en los rasgos institucionales de algunos países cabe hablar de una acusada heterogeneidad en el comportamiento de aquella en la crisis.

8. Aunque todavía son pocos los trabajos que han estimado los posibles efectos de las medidas de austeridad sobre la desigualdad, la simulación de su impacto ofrece resultados muy relevantes para interpretar el efecto de los recortes en prestaciones, las subidas de impuestos y las reducciones tanto de plantillas como de salarios en el sector público. Si estas medidas se acompañan de subidas de los tipos del IVA se añadirían efectos muy regresivos a los generados por la caída de la actividad y el empleo.

9. La experiencia española destaca en este contexto comparado por registrar uno de los mayores crecimientos de la desigualdad desde el inicio de la recesión. Este carácter diferencial de la crisis ha agravado el proceso de divergencia respecto a los países de la OCDE, en vigor desde mediados de los años noventa, debido al estancamiento de la reducción de las desigualdades incluso en el anterior periodo de bonanza económica. El principal determinante en ese periodo de la ausencia de mejoras distributivas fue la pérdida de capacidad redistributiva del sistema de impuestos y prestaciones sociales.

10. La debilidad de la intervención pública redistributiva ha hecho que la respuesta al crecimiento del desempleo —mucho mayor que en otros países— y a la caída de los salarios y las horas de trabajo de los individuos menos cualificados haya sido mucho más limitada en España que en otros países, aumentando notablemente la desigualdad. Especialmente preocupante es la caída de las rentas más bajas y el aumento de la pobreza más severa. Dadas estas circunstancias, existe un riesgo creciente de que la crisis económica pueda generar efectos duraderos en la distribución de la renta en España. La experiencia de cambios de ciclo anteriores, cuando en las etapas expansivas no se recuperaron los indicadores previos a la recesión, alerta de que el ensan-

chamiento de las diferencias de renta en la actual crisis puede dar lugar a niveles de desigualdad considerablemente superiores a los de las últimas décadas y mucho mayores que los de otros países de la OCDE.

NOTA

(*) El autor agradece la financiación recibida del Ministerio de Ciencia e Innovación (ECO2010-21668-C03-01).

BIBLIOGRAFÍA

- AABERGE, R.; BJÖRKLUND, A.; JÄNTTI, M.; PEDERSEN, P.J.; SMITH, N., y WENNEMO, T. (2000), «Unemployment shocks and income distribution: how did the Nordic countries fare during their crises?», *Scandinavian Journal of Economics*, 102: 77-99.
- AGNELLO, L., y SOUSA, R.J. (2013), «How does fiscal consolidation impact on income inequality?», *Review of Income and Wealth* (en prensa).
- ATKINSON, A.B., y MORELLI, S. (2011), «Economic crises and inequality», Human Development Research Paper 2001/06, UNDP.
- ATKINSON, A.B.; PIKETTY, T., y SAEZ, E. (2011), «Top Incomes in the Long Run of History», *Journal of Economic Literature*, 49: 3-71.
- BARGAIN, O.; IMMERSVOLL, H.; PEICHL, A., y SIEGLOCH, S. (2011), «Distributional Consequences of Labour-demand Shocks: The 2008-09 Recession in Germany», CESifo Working Paper Series 3403.
- BARTIK, T.J. (1996), «The Distributional Effects of Local Labor Demand and Industrial Mix: Estimates Using Individual Panel Data», *Journal of Urban Economics*, 40: 150-178.
- BIEWEN, M., y JUHASZ, A. (2012), «Understanding Rising Income Inequality in Germany, 1999/2000-2005/2006», *Review of Income and Wealth*, 58: 622-647.
- BLANK, R.M., y BLINDER, A.S. (1986), «Macroeconomics, Income Distribution, and Poverty», en DANZIGER, S. (ed.), *Fighting Poverty: What Works and What Does Not*, Harvard University Press, Cambridge.
- BITLER, M.P., y HOYNES, H.W. (2010), «The State of the Social Safety Net in the Post-Welfare Reform Era», *Brookings Papers on Economic Activity*, 41: 71-147.
- BJÖRKLUND, A., y JÄNTTI, M. (2012), «Country case study – Sweden», en JENKINS, S.; BRANDOLINI, A.; MICKLEWRIGHT, J., y NOLAN, B. (eds.), *The Great Recession and the Distribution of Household Income*, Oxford University Press.
- BONHOMME, S., y HOSPIDO, L. (2012a), «Earnings Inequality in Spain: Evidence from Social Security Data». Trabajo presentado en el XV Encuentro de Economía Aplicada, A Coruña, 7-8 de junio de 2012.
- (2012b), «Earnings Inequality in Spain: New Evidence Using Tax Data», Banco de España (mimeo).
- BRANDOLINI, A.; D'AMURI, F., y FAIELLA, I. (2012), «Country case study – Italy», en JENKINS, S.; BRANDOLINI, A.; MICKLEWRIGHT, J., y NOLAN, B. (eds.), *The Great Recession and the Distribution of Household Income*, Oxford University Press.
- BREWER, M., y WREN-LEWIS, L. (2012), «Why did Britain's households get richer? Decomposing UK household income growth between 1968 and 2008-09», Institute for Social and Economic Research, Working Paper n.º 2012-08.
- BUDRÍA, S., y MORO EGIDO, A.I. (2008), «Education, educational mismatch, and wage inequality: Evidence for Spain», *Economics of Education Review*, 27: 332-341.

- BUHMANN, B.; RAINWATER, L.; SCHMAUS, L., y SMEEDING, T. (1988), «Equivalence scales, well-being, inequality, and poverty: sensitivity estimates across ten countries using the Luxembourg Income Study (LIS) database», *Review of Income and Wealth*, 34: 115-142.
- BURDA, M., y HUNT, J. (2011), «What Explains the German Labour Market Miracle in the Great Recession?», National Bureau of Economic Research, Working Paper n.º 17187.
- BURKHAUSER, R.V., y LARRIMORE, J. (2012), «How Changes in Employment, Earnings, and Public Transfers Make the First Two Years of the Great Recession (2007-2009) Different from Previous Recessions and Why It Matters for Longer Term Trends», US2010 Project – Russell Sage Foundation, Working Paper, Febrero 2012.
- BURRICAND, C.; HOUDRÉ, C., y SEGUIN, E. (2012), «Les niveaux de vie en 2010», INSEE Premier n.º 1412.
- CALLAN, T.; LEVENTI, C.; LEVY, H.; MATSAGANIS, M.; PAULUS, A., y SUTHERLAND, H. (2011), «The distributional effects of austerity measures: a comparison of six eu countries», EUROMOD, Working Paper n.º EM6/11.
- CANTÓ, O.; DEL RÍO, C., y GRADÍN, C. (2003), «La evolución de la pobreza estática y dinámica en España en el periodo 1985-1995», *Hacienda Pública Española*, 167(4): 87-119.
- CERVINI, M., y RAMOS, X. (2008), «Long Term Earnings Inequality, Earnings Instability and Temporary Employment in Spain: 1993-2000», IZA DP n.º 3538.
- CUTANDA, A. (2002), «La medición de la desigualdad a través de un modelo de elección intertemporal», *Hacienda Pública Española*, 163(4): 93-120.
- CUTLER, D.M., y KATZ, L.F. (1991), «Macroeconomic Performance and the Disadvantaged», *Brookings Papers on Economic Activity*, 2: 1-74.
- FARRÉ, L., y VELLA, F. (2008), «Macroeconomic Conditions and the Distribution of Income in Spain», *Labour*, 22: 383-410.
- FELGUEROSO, F.; HIDALGO, M., y JIMÉNEZ-MARTÍN, S. (2010), «Explaining the fall of the skill wage premium in Spain», FEDEA, Documento de Trabajo 2010-19.
- FREEMAN, R. (2001), «The Rising Tide Lifts'...?», en DANZIGER, S., y HAVEMAN, R. (eds.), *Understanding Poverty*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- GARCÍA MONTALVO, J. (2009), «La inserción laboral de los universitarios y el fenómeno de la sobrecualificación en España», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, 119: 172-187.
- GRABKA, M.M., y FRICK, J.R. (2012), «Country case study – Germany», en JENKINS, S.; BRANDOLINI, A.; MICKLEWRIGHT, J., y NOLAN, B. (eds.), *The Great Recession and the Distribution of Household Income*, Oxford University Press.
- GUNDERSEN, C., y ZILIAK, J. (2004), «Poverty and Macroeconomic Performance across Space, Race, and Family Structure», *Demography*, 41: 61-86.
- HAVEMAN, R., y SCHWABISH, J. (2000), «Has Macroeconomic Performance Regained Its Antipoverty Bite?», *Contemporary Economic Policy*, 18: 415-427.
- HINES, J.R.; HOYNES, H., y KRUEGER, A. (2001), «Another Look at Whether a Rising Tide Lifts All Boats», en KRUEGER, A., y SOLOW, R. (eds.), *The Roaring Nineties: Can Full Employment Be Sustained?*, Russell Sage Foundation, Nueva York.
- HOLZER, H.J.; RAPHAEL, S., y STOLL, M.A. (2006), «Employers in the Boom: How Did the Hiring of Less-Skilled Workers Change during the 1990s?», *The Review of Economics and Statistics*, 88: 283-299.
- HOYNES, H.W. (1999), «The Employment, Earnings, and Income of Less Skilled Workers Over the Business Cycle», en BLANK, R., y CARD, D. (eds.), *Finding Jobs*, Russell Sage Foundation, Nueva York.
- HOYNES, H.W.; MILLER, D.L., y SCHALLER, J. (2012), «Who Suffers During Recessions?», National Bureau of Economic Research, Working Paper n.º 17951.
- ICELAND, J. (2003), «Why Poverty Remains high: The Role of Income Growth, Economic Inequality, and Changes in Family Structure, 1949-1999», *Demography*, 40: 499-519.
- IZQUIERDO, M., y LACUESTA, A. (2006), «Wage Inequality in Spain: Recent Developments», Documento de Trabajo n.º 0615, Banco de España.
- JENKINS, S.; BRANDOLINI, A.; MICKLEWRIGHT, J., y NOLAN, B. (2012), *The Great Recession and the Distribution of Household Income*, Oxford University Press.
- JOYCE, R., y SIBIETA, L. (2012), «Country case study – UK», en JENKINS, S.; BRANDOLINI, A.; MICKLEWRIGHT, J., y NOLAN, B. (eds.), *The Great Recession and the Distribution of Household Income*, Oxford University Press.
- KOCHHAR, R. (2011), «In Two Years of Economic Recovery, Women Lost Jobs, Men Found Them», Pew Social & Demographic Trends, Washington, D.C.
- KUZNETS, S. (1955), «Economic Growth and Income Inequality», *American Economic Review*, 45: 1-28.
- LEIGH, A. (2007), «How closely do top income shares track other measures of inequality?», *Economic Journal*, 117: 619-633.
- MURILLO, I.P.; RAHONA, M., y SALINAS, M.M. (2010), «Efectos del desajuste educativo sobre el rendimiento privado de la educación: un análisis para el caso español (1995-2006)», Documento de Trabajo número 520/2010, Funcas.
- OCDE (2011), *Divided We Stand. Why Inequality Keeps Rising?*, OCDE, París.
- OLIVER, J.; RAMOS, X., y RAYMOND, J.L. (2001), «Anatomía de la Distribución de la Renta en España, 1985-1996: La Continuidad de la Mejora», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, 88: 67-88.
- PARKER, J.A., y VISSING-JORGENSEN, A. (2010), «The Increase in Income Cyclicity of High-Income Households and Its Relation to the Rise in Top Income Shares», *Brookings Papers on Economic Activity*, 41: 1-70.
- RAVALLION, M., y CHEN, S. (2003), «Measuring Pro-poor Growth», *Economics Letters*, 78: 93-99.
- SAEZ, E. (2012), «Striking It Richer: The Evolution of Top Incomes in the United States» (versión actualizada), Pathways Magazine, Stanford Center for the Study of Poverty and Inequality, invierno 2008, 6-7, University of California (mimeo).
- SIMÓN, H. (2009), «La desigualdad salarial en España: Una perspectiva internacional y temporal», *Investigaciones Económicas*, 33: 439-471.
- THOMPSON, J., y SMEEDING, T. (2012), «Country case study – USA», en JENKINS, S.; BRANDOLINI, A.; MICKLEWRIGHT, J., y NOLAN, B. (eds.), *The Great Recession and the Distribution of Household Income*, Oxford University Press.
- U.S. CONGRESS JOINT ECONOMIC COMMITTEE (2010), «Income Inequality and the Great Recession», Report.